

# Encender la olla en la casa y en el barrio. Las implicancias del cuidado alimentario en los cuerpos de las cocineras comunitarias

*Turning on stoves at home and in neighborhoods:  
nutritional implications for soup kitchen cooks*

**María Victoria OVIEDO**

*Universidad Nacional de Córdoba, Argentina*

[victoriaoviedo@mi.unc.edu.ar](mailto:victoriaoviedo@mi.unc.edu.ar)

**Camila Ayelén RUFANACHT**

*Universidad Nacional de Córdoba, Argentina*

[camila.rufanacht@mi.unc.edu.ar](mailto:camila.rufanacht@mi.unc.edu.ar)

**Florencia BAINOTTI**

*Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación (CIPeCo), Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC, UNC). Escuela de Nutrición, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina*

[fbainotti@mi.unc.edu.ar](mailto:fbainotti@mi.unc.edu.ar)

**Juliana HUERGO**

*Instituto de Estudios en Comunicación, Expresión y Tecnologías (IECET), CONICET, Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC, UNC), Universidad Nacional de Córdoba, Argentina*

[jhuergo@unc.edu.ar](mailto:jhuergo@unc.edu.ar)

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.25(3): v2506]

Artículo ubicado en: [encrucijadas.org](https://encrucijadas.org)



Fecha de recepción: 17 de junio de 2025 || Fecha de aceptación: 11 de octubre de 2025

## Resumen

Este artículo tiene como objetivo indagar acerca de las implicancias del trabajo de cuidado de otros/as en el espacio comunitario y doméstico y el autocuidado de las mujeres trabajadoras de un comedor comunitario de Córdoba, Argentina (2021-2023). Desde un abordaje cualitativo, con muestreo intencional (n=8), se realizaron observaciones y entrevistas. Los resultados revelan aumento del hambre colectivo, trabajo de cuidado comunitario de otros/as feminizado y precarizado, doble o triple jornada laboral, relegación del cuidado de sí y desgaste de la salud psicofísica de las mujeres que cuidan.

**Palabras clave:** trabajo de cuidado, comedores comunitarios, barrios socio-segregados, cuidado de sí, salud, género.

## Abstract

This paper aims to explore the implications of caregiving work for others in both community and domestic spaces, as well as self-care among women workers at a community kitchen in Córdoba, Argentina (2021–2023). Using a qualitative approach with purposive sampling (n=8), observations and interviews were conducted. The results reveal an increase in collective hunger, feminized and precarious community caregiving work, double or triple work shifts, the neglect of self-care, and the deterioration of the psychophysical health of caregiving women.

**Keywords:** care work, soup kitchens, socio-segregated sectors, self-care, health, gender.

## Destacados

- Históricamente, las cocineras comunitarias están en primera línea frente al hambre, aún más en tiempos de crisis.
- Las tareas de cuidado implican demandas corporales, psíquicas y emocionales.
- El cuidado de otros/as se impone sobre el autocuidado de las mujeres cuidadoras.
- El desgaste físico y emocional de las cuidadoras comunitarias se profundiza en contextos de hambre y precariedad, y además se naturaliza como parte de las rutinas cotidianas.
- El cuidado comunitario es un trabajo, merece ser reconocido por el Estado en términos de derechos y salarios dado que actúa donde éste no llega o resultan insuficientes sus acciones.

## Financiación

Este trabajo ha sido parcialmente financiado por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba y el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina) mediante los proyectos “Habitar, comer y jugar: experiencias de género y clase en la ciudad de Córdoba” (2018-2021) y “Población socio segregada, calidad de vida y espacio urbano en Córdoba 2017-2023”, respectivamente.

## Declaración ética de uso de inteligencia artificial y conflicto de intereses

Las autoras declaran no haber hecho uso de inteligencia artificial y no tener ningún conflicto de interés en relación con este artículo.

## Cómo citar

Oviedo, María Victoria; Camila Ayelén Rufanacht; Florencia Bainotti y Juliana Huergo (2025). Encender la olla en la casa y en el barrio. Las implicancias del cuidado alimentario en los cuerpos de las cocineras comunitarias. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(3): v2506.

## 1. Introducción

El interés por los trabajos de cuidados dentro del campo académico puede rastrearse en las disputas de la corriente crítica feminista al pensamiento económico capitalista que —convenientemente— naturaliza la separación entre la casa (esfera doméstica y privada) y el trabajo (esfera pública y colectiva). De esta forma, la determinación natural —orientada por principios biológicos— de ciertas actividades de la vida cotidiana es puesta en tela de juicio a partir de interrogantes que hasta la década de los 70 estaban en sombra: ¿qué se produce en el hogar? y ¿cómo se vincula con los procesos de producción y reproducción social? Por consiguiente, el espacio doméstico emergió como un territorio de disputa político y cultural (Federici, 2004).

Esquivel, Faur y Jelin (2012) señalan que, tales aportes generaron un punto de partida para discutir sobre el cuidado como práctica social cotidiana y como categoría analítica. Sostienen que nos fuimos alejando de la preocupación por la producción y reproducción de la fuerza de trabajo para poner el eje en el cuidado de las personas. Así, en las últimas décadas se han generado algunas complejizaciones en su construcción teórica. Una de ellas es la separación analítica entre “domesticidad” y “reproducción social”. También se empezó a mirar el papel de la mercantilización. Y, por último, se propuso sumar a esta trama al Estado y sus políticas públicas.

En América Latina, la mayoría de los países han implementado iniciativas en materia de cuidados, principalmente vinculadas a las maternidades y las infancias. En Argentina, si bien existe una base amplia de protección social, las políticas de cuidado vigentes no tienen una articulación integral a nivel nacional. Entre ellas, Programa Primeros Años, Centros de Desarrollo Infantil, Programa Nacional de Cuidados Domiciliarios, Programa de Atención Médica Integral (PAMI), Residencias de Larga Estadía para adultos mayores, Centros de día, Licencias por maternidad/paternidad (Pincetti y Scuro Somma, 2020). Siguiendo a Faur (2024a), el trabajo de cuidado comunitario entra con gran protagonismo en escena en la década de los 80, como consecuencia de los efectos devastadores de la reestructuración económica y política que se inició durante la dictadura militar (1976-1983), que vino acompañada de deuda externa, hiperinflación, aumento de la pobreza y de las brechas sociales. En 1989 las ollas populares materializaron la asistencia social. En la década del 90, muchas de ellas se formalizaron como comedores comunitarios impulsados por organizaciones de base territorial, apoyadas por movimientos sociales, la iglesia y el Estado. Sin embargo, la señalada autora enfatiza que, en aquel momento, estas acciones no eran nombradas como cuidados, sino que respondían a acciones frente a la modernización del Estado desde una perspectiva universalista hacia una focalizada a merced de la profundización de un modelo político y económico neoliberal.

Sea a nivel comunitario o a nivel doméstico, según la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT, 2021), el cuidado se resuelve a través del trabajo no remunerado femenino. En el caso de los hogares, el Estado y la comunidad tienen una participación diferencial en cada sector socio-económico. En menor medida se contratan servicios de cuidado en el mercado; por consiguiente, nos encontramos en un panorama de familiarización y feminización del cuidado (Jelin, 2016). Esta situación expresa una injusta división de dicho trabajo delegada en las mujeres de todas las edades (Huergo e Ibáñez, 2021). Desde una mirada objetiva, la cantidad de tiempo que se destina al trabajo de cuidado de otros/as es de 6.30 horas por parte del género femenino; tres horas más que el género masculino (ENUT, 2021).

A esa gran carga horaria debemos sumar, en el caso de muchas mujeres, las horas destinadas al trabajo en el mercado. Esto da lugar a una doble o triple jornada laboral, que implica exigencias particulares que deterioran progresivamente la salud y determinan procesos de desgaste específicos. Las condiciones en que se ejerce el trabajo de cuidados son desiguales, configurando cargas de trabajo diferenciales, así como también distintas tácticas para sopesarlas (Linardelli, 2018). En el caso de los cuidados comunitarios suelen realizarse en un marco de recursos escasos y espacios físicos precarios, muchas veces sin acceso a gas natural y/o desagües, condiciones que incrementan el esfuerzo y las horas dedicadas a esta labor (Faur y Brovelli, 2020).

En esa línea, investigaciones realizadas con trabajadoras de comedores comunitarios en la Ciudad de Córdoba, Argentina, han puesto en evidencia que el gestionar y sostener estos espacios imprime marcas en sus cuerpos de manera cotidiana, viéndose incrementadas en situaciones de crisis. Durante la pandemia por COVID-19, ante el cierre de todas las instituciones estatales y privadas, las organizaciones comunitarias y las familias fueron el eje de los cuidados colectivos. Las mujeres manifestaron padecer fatiga, trastornos de ansiedad, ataques de pánico y otros malestares asociados a la sobrecarga física, mental y emocional propia de este trabajo, junto a la sensación de "no poder enfermarse" (Boito, Huergo y Acosta, 2023; Bainotti y Busleimán, 2021). En este contexto, el tiempo que las personas cuidadoras dedicaron a su propio bienestar se vio reducido (Bonavitta y Presman, 2022).

A partir de lo expuesto, nos proponemos indagar acerca de las implicancias del trabajo de cuidado de otros/as y del autocuidado en los cuerpos de las mujeres-trabajadoras de un comedor comunitario de la zona sur de Córdoba, Argentina, durante el periodo entre 2021 y 2023. Para ello, llevamos adelante un estudio cualitativo posicionándonos en un cruce entre el paradigma interpretativo y el material-crítico. El primero ve al mundo construido, interpretado y experimentado por las personas. El segundo tensiona tales construcciones al proponerlas en relación con las estructuras complejas que condicionan las relaciones de poder y los procesos de acumulación del capital con base a su reconstrucción histórica y material (Contreras Hernández y Arnaiz, 2005).

El muestreo fue intencional a partir de la técnica bola de nieve, comenzando por la mujer referente del comedor barrial, quien nos refirió a las demás participantes (Robinson et al., 2006). La muestra quedó conformada por ocho mujeres adultas trabajadoras de dicho espacio, con quienes tenemos un vínculo sostenido desde el año 2005 al presente. Los primeros acercamientos fueron producto de un trabajo técnico desarrollado en las siguientes políticas públicas nacionales por parte de una de nosotras: Programa Fondo Participativo de Inversión Social (FOPAR) (año 2005), y luego del Proyecto PNUD ARG/06/001 "Abordaje Comunitario" (2006-2008); ambos enmarcados dentro del Plan Nacional de Seguridad Alimentaria, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, Argentina. A partir de allí, seguimos acompañando procesos territoriales de la mano de trabajos finales de grado<sup>1</sup> y de posgrado<sup>2</sup>, como también desde proyectos colectivos financiados por la Secretaría de Ciencia y Tecnología (SECyT) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). En cuanto a las técnicas, realizamos observaciones en el comedor y en el barrio de manera semanal durante 6 meses y una entrevista grupal. A estos insumos añadimos una entrevista individual y dos entrevistas grupales realizadas en el marco de diferentes proyectos de investigación en los que participamos<sup>3</sup>. En lo que respecta a los roles asumidos a la hora de desarrollar cada una de las técnicas, para las observaciones hemos realizado notas de campo individuales y colectivas; en el caso de la entrevista grupal una de nosotras ofició de coordinadora, dos de observadoras y una facilitadora de materiales y refrigerios. Para el análisis de la información nos basamos en el método de comparación constante: lectura, codificación, presentación, reducción e interpretación (Robinson et al., 2006). En lo que refiere a las consideraciones éticas, garantizamos la Protección de Datos Personales de acuerdo con la Ley 25.326<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> María Victoria Oviedo y Camila Rufanach han realizado su Trabajo Final de la Licenciatura en Nutrición (UNC) titulado: "El proceso de salud-enfermedad de las mujeres desde la perspectiva de los cuidados: estudio de caso en un comedor comunitario de la ciudad de Córdoba" (año 2023), bajo la dirección de Florencia Bainotti y Juliana Huergo.

<sup>2</sup> Florencia Bainotti está llevando adelante su Plan de Trabajo titulado: "El cuidado alimentario de las infancias que habitan en dos zonas diferentes de una ciudad socio-segregada (Córdoba, 2020 a 2026)", en el Doctorado en Estudios Sociales de América Latina de la Facultad de Ciencias Sociales (UNC), bajo la dirección de Juliana Huergo e Ileana D. Ibáñez. Cuenta con una beca doctoral de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba - Convocatoria 2020.

<sup>3</sup> Proyecto de investigación "Habitar, comer y jugar: experiencias de género y clase en la ciudad de Córdoba". Aprobado y financiado por la Secretaría de Ciencia y Tecnología (SECyT) de la Universidad Nacional de Córdoba y el proyecto "Población socio segregada, calidad de vida y espacio urbano en Córdoba 2017-2023". Aprobado y financiado por Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

<sup>4</sup> Sobre este punto resta mencionar que, todos los proyectos individuales y colectivos antes referidos se inscriben en el área de Ciencias Sociales y Humanas. Desde el año 2019, la UNC cuenta con un Comité de Ética en Ciencias Sociales y Humanas creado por la SeCyT. Desde la última convocatoria a financiamiento de investigaciones en el año 2023 comenzó a ser requisito tener su aprobación.

En base a todo lo dicho, consideramos que la potencialidad de este trabajo radica en el aporte de evidencia científica para la agenda nacional y provincial en materia de cuidados y salud. Intenta poner en relieve el engranaje entre precarización de la vida cotidiana, alimentación y cuerpos (procesos de salud-enfermedad). Constituye un insumo de visibilización para la lucha de las organizaciones sociales locales en pos de la declaración de la emergencia alimentaria en Córdoba. Esta última medida apunta no sólo al reconocimiento público de la crisis socioeconómica y sanitaria sino al papel central que tienen las mujeres y disidencias en el sostenimiento de la vida. Esto responde a que el cuidado es un trabajo dado que implica poner en juego capacidades físicas, psíquicas y emocionales, y producir valor al garantizar la vida en contextos donde el Estado en todos sus niveles no está o está a medias.

## 2. El trabajo de cuidado alimentario

De acuerdo con Esquivel, Faur y Jelin (2012), hablar de cuidado implica preguntarnos cómo nos producimos como seres humanos. Es una práctica esencial para nuestro bienestar físico, psicológico, emocional y social.

En materia de cuidados, la alimentación constituye una condensación de sustancias y circunstancias (Contreras Hernández, 1992) que hacen a la construcción biológica y socio-antropológica de los cuerpos, además de presentarse como el primer aprendizaje para el conocimiento del mundo que nos rodea. Esto implica que no sólo rehace de manera constante la biología, sino que una alimentación en común produce los mismos efectos que un origen en común, en términos de parentesco aún sin serlo por lazos consanguíneos o políticos (Le Breton, 2009).

Por todo ello, constituye una dimensión central de las prácticas de cuidado. En tanto acción social, se metamorfosea en el entrecruzamiento de sujetos y estructuras: familias, organizaciones, Estado y mercado (Faur, 2014). En relación a los tres primeros actores, tal como adelantamos al inicio, en Argentina históricamente las políticas sociales con componente alimentario —por acción u omisión— se sostienen en base a energía femenina. Las referentes comunitarias se perciben como “la tracción a sangre” del Estado en los territorios (Huergo, 2016). Paradójicamente, el trabajo de cuidado comunitario y voluntario está aún más invisibilizado que el doméstico.

Respecto a las principales características del trabajo de cuidado comunitario, según Faur (2024a) podemos mencionar que:

- Es realizado principalmente por mujeres; generalmente vecinas con una misma condición de clase que quienes asisten.
- No es relevado en la actividad censal.
- El Estado por acción u omisión define el campo de acción (normativa, recursos, financiamientos).

- Hay una ausencia de marco legal, acceso a salario y derechos sociales. Quienes realizan el trabajo de cuidado no son consideradas como trabajadoras dentro del discurso social y estatal, sino como “colaboradoras” o “voluntarias”.
- Las organizaciones sociales tienen un papel fundamental como puentes entre el Estado y los territorios. Propician la gestación de redes de cuidados comunitarias y la politización de la vida cotidiana.

Para muchas familias resolver la alimentación de todos los días no implica necesariamente ponerse a cocinar, pero sí ponerse a gestionar de la mano de tales organizaciones, una actividad principalmente a cargo de las mujeres. En Córdoba, hace más de tres décadas que los comedores comunitarios y escolares configuran el paisaje social alimentario. Esto hace que aparezca con fuerza la tarea que llevan adelante vecinas-encargadas de estos espacios como agentes que garantizan por lo menos una comida familiar todos o algunos días de la semana (Huergo, 2016).

La intensidad de tiempo de trabajo en el comedor se incrementa si aumenta el hambre colectiva, como sucede en cada momento de crisis. En este sentido, Esquivel (2012) refiere que el cuidado es una práctica relacional e intersubjetiva entre quien cuida y quien es cuidado, pero que, además, está situada temporal y espacialmente. Reconoce tres tipos de trabajos que se solapan, que aplicados al ámbito alimentario se traducen en: a) directo: “dar de comer”; b) indirecto: tareas que se requieren para “dar de comer”: planificar los menús y la compra, adquirir los alimentos, prepararlos, limpiar la vajilla y el espacio, entregar la comida, así como las tareas administrativas requeridas por estar asociadas a un programa estatal; c) emocional: acompaña a los anteriores y se inscribe en la trama afectiva que se gesta en el cuidado de otrxs (en otras palabras, entre las cuidadoras y las/os que son cuidados/as).

El uso del tiempo se relaciona de manera directa con la calidad de vida. De acuerdo a un abordaje comparativo entre Argentina, Chile, Uruguay y España, basado en Encuestas Nacionales sobre Uso del Tiempo, Argentina se presenta como el más desigual en cuanto a la relación entre hombres y mujeres y la brecha se acentúa al cruzarse con el sector socio-económico (Domínguez-Amorós et al., 2021). La doble o triple carga de responsabilidades se hacen sentir, particularmente a nivel psicológico (García Calvente et al., 2004). Todo ello conspira con las posibilidades para el autocuidado que, según Bonavitta y Presman (2022), responde al tiempo dedicado al bienestar en el mundo, que puede ser de ocio, de descanso, de inacción o de tiempo activo que se destina a alguna actividad que dé placer, como también a acciones que no son necesariamente de disfrute pero sí necesarias para el bienestar integral.

Faur y Jelin (2013) sostienen que el trabajo de cuidados plantea una relación directa entre las políticas y las desigualdades sociales/de género/de generación. Estas brechas no se cierran sin adecuar instrumentos de la política pública (DNEIyG, 2020). En



esta dirección, el Programa Potenciar Trabajo se originó en el año 2020 como continuación del salario social complementario (Ley 27.345 sancionada en 2016) a los fines de reconocer trabajos en el marco de la economía popular. Entre ellos, el de cocineras comunitarias. De alguna manera —aunque incompleta— intentó reparar en la brecha de desigualdad social y de género, no sólo por su aporte económico (mitad de un salario mínimo vital y móvil) sino también por estar enmarcado en una red vincular más amplia de la mano de las organizaciones sociales (Faur, 2024b).

Complementariamente, Faur (2024a) sostiene que la muerte de Ramona (referente comunitaria de Villa 31, Capital Federal) colocó el trabajo comunitario como nunca antes en la agenda pública nacional. En 2023, dos nuevos proyectos de ley fueron presentados en el Congreso; la novedad es que responden a propuestas elaboradas por movimientos y organizaciones sociales de gran trayectoria territorial. Estas iniciativas proponen crear un sistema integral de protección del trabajo de cuidado comunitario dentro del Ministerio de Desarrollo Social, que reconozca derechos laborales. Sin embargo, la gestión política de Javier Milei (presidente de la República Argentina período 2023-2027), trajo consigo un viraje ideológico respecto de la importancia de las políticas públicas con perspectiva de género que intentan instalar el cuidado como necesidad, trabajo y derecho. Esto se materializó en el cierre del Ministerio de Mujeres, Género y Diversidad (absorbido por el Ministerio de Capital Humano); ruptura de la asistencia alimentaria directa a organizaciones. En concreto, los programas “Alimentar Comunidad”, “Abordaje Comunitario” y “Asistencia a comedores y merenderos comunitarios” han sido interrumpidos dejando sin apoyo a más de 40.000 espacios registrados en el Registro Nacional de Comedores y Merenderos Comunitarios (CELS y Fundación Rosa Luxemburgo, 2024); y transformaciones en el Programa Potenciar Trabajo al eliminar los intermediarios, es decir, las organizaciones sociales. Desde el año 2024, ha sido reconfigurado en dos líneas: “Volver al Trabajo” y “Acompañamiento Social”, que responden a criterios de segmentación por edad, beneficiarios/as a título individual, y un cambio de sentido respecto a lo antes considerado “trabajo”.

En la actualidad, en comedores y merenderos de barrios socio-segregados cordobeses se repiten situaciones de demanda triplicada de alimentos vivenciadas durante la pandemia (Huergo et al., 2022). Según el Informe del Centro de Almaceneros de esta provincia, en el mes de agosto de 2024, en tres de cada 10 familias algún integrante experimentó episodios de hambre según la Escala de Seguridad Alimentaria Percibida. El 57.7% de los hogares no pudo acceder en julio a la canasta básica alimentaria (Centro de Almaceneros Córdoba, 2024). De modo que el denominador común de ambos períodos temporales son cocineras comunitarias oficiando de primera línea contra el hambre.



### 3. La complejidad del trabajo de cuidar: dar de comer

#### 3.1. El comedor. Un cuerpo colectivo

El barrio donde se desarrolla este espacio de cuidado alimentario se configuró a partir de un plan de viviendas producto de la Mesa de concertación de Políticas Públicas del Gobierno provincial, fue creada en 1992 por el gobierno de Eduardo Angeloz (1983-1995). Cabe destacar que fue una experiencia de gestión multi-actoral del hábitat (Espoz et al., 2009 citada en Huergo, Ibáñez, 2020)<sup>5</sup>. Luego de siete años de negociaciones, las familias pobladoras comenzaron con el trabajo colectivo de construir sus viviendas. Fueron varios años de esfuerzos conjuntos en dichas tareas como también en reuniones organizativas, marchas, cortes de calle, limpieza de terrenos y preparación de comida comunitaria. Todas estas instancias forjaron un tejido afectivo entre las mujeres, especialmente entre aquellas que hoy en día sostienen el comedor barrial.

Al año de comienzo de la construcción de las viviendas, en 2001, esas mujeres observaron la agudización del problema de la pobreza (estructural y monetaria) y, a la par, del hambre colectivo. En consecuencia, lo primero que organizaron fue una guardería con copa de leche y un ropero comunitario en el espacio del obrador. Si bien la necesidad de comer era de toda la familia, producto de limitados recursos —principalmente autogestionados—, decidieron priorizar a las infancias. Para el resto, estaban las ollas populares.

En el año 2002 la guardería se formaliza en términos institucionales y cambia su modalidad a comedor comunitario por medio de un financiamiento del Plan Nacional de Seguridad Alimentaria en el marco de la Ley 25.724 del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación: Fondo Participativo de Inversión Social (FOPAR)<sup>6</sup>. En el año 2006, este último cambia su denominación a programa Abordaje Comunitario<sup>7</sup>.

Hoy en día el comedor sigue funcionando en su espacio físico inicial, que pasó de obrador a Centro Vecinal. Se sostiene en base al trabajo de nueve mujeres que, en su mayoría, están desde el comienzo: Sandra, Flavia, Nora, Alicia, Fabiana, Inés, Mariela, Paola y Marta. Tienen entre 50 y 70 años, a excepción de Paola, que tiene 35. Desde una mirada transversal a sus biografías, cinco viven con sus familias nucleares y, el

---

<sup>5</sup> Estado Provincial (a través del Ministerio de Desarrollo Social), el Municipio (a través de la Secretaría de Planeamiento Urbano), cuatro Organizaciones No Gubernamentales abocadas a la promoción de organización autogestionada en materia de hábitat social (SERVIPROH, SEHAS, CECOPAL y la Mutual Carlos Mujica) y la U.O.B.D.S -Unión de Organizaciones de Base por los Derechos Sociales- en representación de los sectores pobres urbanos organizados de la ciudad de Córdoba (una articulación sectorial constituida por 110 cooperativas, mutuales y asociaciones).

<sup>6</sup> Bajo la Dirección Nacional de Asistencia Comunitaria, el objetivo era atender las necesidades alimentarias de la población en situación de pobreza, en el marco de la Emergencia Alimentaria Nacional. El financiamiento constaba de equipamiento, asesoramiento técnico y dinero destinado a elaborar las raciones alimentarias de cena y merienda (FAO et al., 2019).

<sup>7</sup> Ver "Abordaje Comunitario del Plan Nacional Argentina Contra el Hambre" del PNUD ([enlace](#)).

resto con sus familias ampliadas (hijos/as y nietos/as que tienen su vivienda en el mismo terreno o que viven con ellas). Habitan el mismo barrio desde sus inicios, por lo que tienen similares condiciones materiales de vida y contexto socio-cultural que la población a la que asisten. Todas comparten los quehaceres del mundo reproductivo, pero las diferencia la situación que ocupan en el mundo productivo. Dos perciben el Programa Potenciar Trabajo por realizar trabajo en cooperativas de construcción, dan clases particulares, realizan comida para vender y tareas de limpieza en salones comunitarios; una recibe el señalado Programa por las tareas de cuidado alimentario en el comedor, una realiza trabajo doméstico a domicilio; una tiene un kiosko en su casa; una recibe la pensión para madre de 7 o más hijas y/o hijos y dos son jubiladas.

En lo que respecta al comedor, dentro de la distribución de tareas, Alicia es la referente del espacio, quien realiza tareas administrativas que consisten en rendiciones mensuales y balances anuales para el programa alimentario estatal, y en asistir a reuniones. También planifica los menús y la compra de alimentos. En conjunto, las mujeres llevan adelante otras actividades de carácter rotativo como la preparación y cocción de los alimentos, el servicio y la entrega de las viandas, la limpieza y la comunicación con las familias.

### **3.2. El cuidado alimentario de otrxs en el comedor**

En lo que respecta al comedor, las mujeres tienen bien claro que no sólo “dan de comer”, sino que conforman vínculos sociales y afectivos entre ellas y con las familias concurrentes al espacio. Escuchan, asisten y contienen, prácticas que se agudizan en épocas de crisis como la pandemia y la actual situación socioeconómica. En el trabajo no remunerado y voluntario de cuidar ponen en juego de manera permanente la creatividad y el ingenio para hacer “magia” con el presupuesto escaso que manejan. El Programa Abordaje Comunitario establece condiciones y exigencias para la prestación alimentaria de los comedores que financia: inclusión de carne, pan y fruta. No obstante, a ellas desde hace años no les alcanza para dar un almuerzo de “buena calidad nutricional” con frecuencia diaria (de lunes a viernes).

A: “...no hay forma de llegar a menos que vos des... con 2 kilos de carne hagas una salsa para 500 [personas] y los fideos, el peor fideo que venga [...]. Por más que vos lo estires, no llegas” (Alicia, entrevista grupal, 2021).

El menú del día se decide en función de la disponibilidad de alimentos. Alicia le pregunta al carnicero si tiene carne molida, alitas de pollo, pata-muslo, medallones de pollo u otro tipo de carne, en cantidad suficiente para las 400 viandas. Al contar con un presupuesto limitado y la necesidad de que les den factura para luego rendir los gastos al programa, deben recurrir a comercios baratos “pero” formalizados.

Debido a ello, gestiona las compras de la siguiente manera: adquiere la carne en la carnicería del barrio, la fruta y verdura en una verdulería que se encuentra pasando el Arco de Córdoba (30 cuadras aproximadamente), y el queso en una fiambrería en la Ruta 20 (140 cuadras aproximadamente). No cuenta con vehículo propio, su marido la lleva a los comercios que están fuera del barrio. El pan se lo llevan al comedor, lo mismo sucede con las pre-pizzas. Esta gestión le insume alrededor de 2 horas reloj, dos días a la semana.

Con respecto a la preparación de la comida, se hacen entregas de viandas dos veces a la semana. Anteriormente cocinaban todos los alimentos en el comedor, ahora optaron por entregar algunos ingredientes crudos como el arroz, los fideos, la polenta, las milanesas, las hamburguesas. Así, las familias terminan de armar el plato de comida en sus casas. Esto responde a varios motivos: en primer lugar, en ocasiones se quedan sin combustible (gas envasado); a su vez, al ser tantas raciones se dificulta lograr una cocción pareja del arroz, de la polenta o los fideos en las ollas de 50 litros; también, las familias suelen dejar la vianda —entregada en horario de almuerzo— para la cena ya que las/os niñas/os comen al mediodía en el comedor escolar. Sin embargo, algunas comidas aún se cocinan en el lugar, entre ellas alitas de pollo con salsa, sopa picada, salsa para el arroz, la polenta o los fideos o pan de carne. En ocasiones realizan alguna preparación como locro o guiso de lentejas que requiere adelantar pasos el día anterior: poner a remojar las legumbres, cocinar el puré de zapallo y dar una precocción al mondongo.

Con relación a la jornada de trabajo, comienza entre las 8:00-9:00 horas, dependiendo del tiempo que requiera la preparación culinaria. Las tareas son diversas y varían según el menú. A lo largo de la mañana, se va generando una división de tareas espontánea.

La precariedad incrementa el esfuerzo físico y la cantidad de horas dedicadas a la tarea, no siempre contabilizadas. A media mañana hay un primer momento de limpieza donde lavan las tablas, los cuchillos e higienizan la mesa donde estuvieron cortando los alimentos, también barren si es necesario.

Alrededor de las 12 horas, se empieza a formar la fila en la puerta del comedor, en su mayoría conformada por niños, niñas y sus madres, quienes recién los retiran de la escuela barrial. Las tareas inherentes al servicio comprenden, en primer lugar, llevar los cajones de frutas, las bolsas con las tiras de pan, y los *sixpack* de bolsas de fideos, arroz o las prepizzas desde el salón a la cocina. Luego, comienza la entrega de las viandas. Alicia, asistida por otra de las mujeres, recibe una por una las bolsas de tela y los *tupper* de las familias, donde coloca: la tira de pan, las frutas, la bolsita del cereal (arroz, polenta, fideos), la carne (milanesas, alitas, hamburguesas) y la salsa, si corresponde. La cantidad que entregan es proporcional al número de integrantes de

cada familia. En simultáneo, las mujeres del equipo cargan sus carritos con las viandas para ellas y sus familias; cabe destacar que, si alguna compañera no pudo asistir ese día, le separan comida y se la llevan posteriormente. Aunque, si ese día no hay sobras, se quedan sin sus porciones. También limpian los espacios y las superficies para dejar en condiciones el comedor para la siguiente jornada. Una vez finalizadas las actividades, cerca de las 12:30-13 horas, se retiran. El trabajo compromete un total de 4 horas presenciales o más dependiendo del menú, y en su optimización colabora que sean nueve personas.

A la par de resolver lo alimentario, se organizan buscando medicamentos para sus vecinos/as o para hacer las compras comunitarias. Alicia, por ejemplo, gestiona para conseguir mejores precios en alimentos de calidad (frutas y verduras) para su familia y las del resto de las mujeres del comedor, o para dar respuesta a la necesidad alimentaria de los/as vecinos/as que lo requieran.

Tal como observamos, las tareas de cuidado alimentario implican a las mujeres el uso de sus capacidades corporales, psíquicas y emocionales (Carrasco, 2011). Sin embargo, en el devenir de las idas a campo observamos que reconocen dicha actividad como trabajo en tanto acción en sí misma, pero no vinculada al sentido político que en ella se inscribe. Esta ausencia va a contrapelo de la creación de un terreno fértil para problematizar todas las intersecciones que condensa el cuidar: de género, de condición social y de raza, como también acerca del papel fundamental de “dar de comer” en la sostenibilidad de la vida comunitaria. Sin estas discusiones, la lucha por su reconocimiento como derecho universal se aleja de los territorios.

N: “Así empezó el comedor del barrio y bueno, yo hace 17 años que trabajo. No me arrepiento, porque todos me dicen ¿cómo puedes trabajar hace 17 años sin cobrar una beca? [...] pero nosotras a veces trabajamos por nuestro plato de comida” (Entrevista a Nora, 2021).

A: “[...] la mayoría [de los maridos] trabajan y claro, como nosotras nos quedábamos en las casas [...]” (Alicia, entrevista grupal, 2022).

De este modo, dar de comer en el comedor no se entiende como trabajo, pero tampoco como obligación. Tal como señala Araujo Guimarães (2024) es importante reflexionar acerca de la relación social que se percibe implicada en ese hacer. Reconoce tres formas de percibirla y de significarla: como obligación (naturalización del mandato femenino de cuidar), como profesión (vinculadas a la salud, cuidadoras, empleadas domésticas remuneradas) y como ayuda (relaciones en reciprocidad). En los hogares, tal como se verá más adelante, la obligación es moneda corriente. En cambio, en el comedor, prima la concepción de ayuda.

Esta invisibilización de los cuidados cotidianos como trabajo se desprende de la histórica división sexual del trabajo que configura una asignación cultural de su responsabilidad (en este caso, alimentario) a las mujeres y la figura de trabajador o proveedor

de ingresos al hombre (“hogar nuclear patriarcal”) (Torriglia, 2022). De manera que, se asocia el trabajo con la obtención de una remuneración en dinero, no en especies (plato de comida). Este posicionamiento ideológico difiere cuando el grupo de mujeres cocineras participa de una organización social más grande que propicia la politización de la vida cotidiana para visibilizar, actuar y transformar en consecuencia.

### 3.3. El cuidado de otrxs en las casas. El cuerpo en plural

Desde que arranca el día hasta que se van a dormir, estas mujeres están realizando un trabajo de cuidado de otros/as tanto en el espacio comunitario como en el doméstico. En ambos hay un reparto significado por la feminización de dichas tareas. A su vez, en el interior de las casas, lo alimentario queda diluido en el marco del engranaje global de cuidados y trabajo doméstico.

S: “De estar toda la vida fuera de mi casa, yo llegaba a mi casa y en media hora te limpiaba todo, te lavaba todo, ponía el lavarropas, en una hora ya había acomodado todo” (Sandra, entrevista grupal, 2023).

La carga del trabajo de cuidado se agudiza si hay niños/as pequeños/as. Paola es la única del grupo que tiene hijos de 7 y 8 años. A pesar de vivir con su pareja, ella se encarga de las tareas de llevar y traerlos del colegio, gestionar las comidas, llevarlos a la plaza a jugar, acompañar a los controles médicos.

P: “Estoy 24/7 con los chicos” (Paola, entrevista grupal, 2023).

El resto de las mujeres si bien tienen hijos/as adultos/as, cuidan a sus nietos/as o a parientes que están grandes o enfermos. Faur (2014a) refiere que, a menor nivel socioeconómico, mayor es la familiarización de los cuidados debido a la falta de cobertura de servicios por parte del Estado y a la imposibilidad económica de externalizarlos a través de la contratación de servicios pagos.

A: “Cuando yo no se los puedo cuidar, ellos no pueden salir... pagar una niñera toda la noche no, no se puede... Sí, también lo he hecho. Tuve a mi cuñado como 3 meses enfermo acá en mi casa. Y a mi suegro también” (Alicia, nota de campo, 2023).

En lo que respecta puntualmente al trabajo de cuidado alimentario, las mujeres entrevistadas asumen la tarea de planificar los menús, buscar precios, gestionar las compras, cocinar, servir, limpiar, hacerse cargo de los desechos. Son las principales responsables de responder a la pregunta “¿qué vamos a comer hoy?”.

M: “Ya desde la mañana muchas veces me empiezan a preguntar ¿qué vamos a comer hoy?” (Marta, nota de campo, 2023).

Estas acciones también involucran el “poner la cara” para pedir fiado en los comercios cercanos cuando escasean los recursos.

A: “¿Quién va a pedir fiado? los hombres no van a pedir fiado” (Alicia, entrevista grupal, 2022).

En cuanto a la preparación de los alimentos, dos días a la semana cocinan en el comedor y llevan el almuerzo a sus hogares. El resto de los días preparan tanto almuerzo como cena en el espacio doméstico. Esta es una tarea que les insume “bastante tiempo”, alrededor de dos horas según nos relatan. Únicamente Inés y Mariela manifestaron que a veces cocinan sus nietas y su hijo, respectivamente. Los varones son nombrados sólo cuando realizan preparaciones a la parrilla, como el asado o el pollo al disco, eventualmente, los fines de semanas o en algún evento familiar.

Asimismo, el “dar de comer” no solo incluye a quienes viven con ellas (maridos, hijos/as y/o nietos/as), sino también a su familia extendida: “En mi casa cocino yo porque sino los míos no comen” (Alicia, nota de campo, 2023). Aun cuando sus nietos/as e hijos/as viven en otro lugar, varias los reciben en sus casas con el almuerzo luego de la jornada escolar o laboral. Sólo los fines de semana alguna de ellas puede “hacerse la tonta” y no cocinar.

Nora les cocina a sus dos nietos más chicos, que viven con ella, a sus dos nietas más grandes y a su hija Yamila. Nos dice que únicamente los fines de semana no les cocina: “directamente me hago la tonta, la que no” (Nota de campo, 2023).

Elegir la palabra tonta para referirse al no hacerse cargo de la tarea de cocinar dos días a la semana, no resulta casual. Etimológicamente, proviene del latín *attonitus*. Estar atónita responde a estar espantada o pasmada, similar a *shock* (en inglés) por quedar envuelta en un ruido ensordecedor de demandas familiares (y comunitarias).

### 3.4. Cuerpos que cuidan

Los tiempos y los espacios de las múltiples tareas cotidianas que realizan, en ciertos momentos, suelen entrometerse entre sí. El cuidar en todos los espacios que habitan desdibuja los lindes entre lo privado y lo público, lo colectivo y lo singular. Entonces, si el cuidado tiene carnadura humana femenina y se desarrolla en un presente continuo, es inevitable reparar en la salud de quienes realizan este trabajo. Para ello, tomaremos los aportes de Linardelli (2021) quien se posiciona desde la salud colectiva latinoamericana. Si bien se especializa en mujeres trabajadoras agrícolas migrantes, sus aportes nos sirven de base para construir una mirada analítica del trabajo de cuidados alimentarios comunitarios.

Esta autora sostiene que la noción de cargas tiene una central relevancia, a sabiendas de que sus desarrollos conceptuales no han tenido en cuenta la doble presencia o porosidad inicialmente referida. Más bien han tendido a dicotomizar el mundo productivo y el mundo reproductivo. Las cargas comprenden aquellos elementos del proceso de trabajo que impactan en los soportes corporales y psíquicos, en este caso de estas mujeres, e incluyen exigencias y riesgos propios de esa actividad.

Con relación a las primeras, se derivan de la actividad física y/o intelectual requerida para llevar adelante el trabajo, las posiciones necesarias, la intensidad y duración de la jornada acorde a la organización social establecida. Si nos detenemos únicamente en el comedor, podemos reconocer como cargas físicas el mover las bolsas de pan, los cajones de fruta, cortar 50 kilos de carne, subirse a un banquito para cocinar.

[...] la arquitecta del PNUD [Programa Abordaje Comunitario] les dijo que era un peligro como estaban cocinando, por las ollas grandes encima de las hornallas, que se tenían que subir al banquito y había mucho riesgo de que perdieran la estabilidad, se les cayera la olla encima y se quemaran (Nota de campo, 2023).

A tales cuestiones se añade también la dimensión emocional producto de la presión de “no poder fallar” a las familias del barrio y, en el caso particular de la referente, la carga mental de mantener el comedor funcionando, la responsabilidad de respetar los lineamientos del programa estatal, el tener en cuenta las necesidades de las familias, de las compañeras de trabajo y las propias con el magro financiamiento que recibe. Las mujeres mencionan sentirse entre “la espada y la pared” ante tales encrucijadas. La ausencia de derechos efectivos agudiza aún más las condiciones precarias de trabajo.

Por su parte, los riesgos se desprenden de los medios de producción. Se cocina en situación de extremas carencias, tanto de presupuesto, edilicia, equipamiento y de servicios públicos. Los menús se definen en función de esa sinergia. El equipamiento no ha tenido renovación ni mantenimiento, no cuentan con el servicio de gas natural, los cuchillos son viejos y están desafilados (que obligan a realizar más fuerza y en ocasiones cortaduras), las ollas son tan altas que deben subirse a un banquito inestable (el peligro de caídas y quemaduras), no cuentan con ropa ni calzado apropiado para manipuladores/as de alimentos, tampoco cuentan con espacio propio sino prestado por el Centro Vecinal.

De modo que, las cargas nos posibilitan dotar de cierta inteligibilidad a los procesos de desgaste, entendidos como sus consecuencias que, a su vez, se expresan en la afectación de sus capacidades psicofísicas. Estos procesos no responden a una cualidad individual, sino que adquieren significancia a nivel de un colectivo, en tanto resultantes de los cruces entre las precarias condiciones de empleabilidad, el trabajo no remunerado comunitario y voluntario, el trabajo de cuidado doméstico. El desgaste sucede cuando la reposición no llega a compensarlo (Linardelli, 2021). En la entrevista grupal, las mujeres hicieron un auto-reporte de tales afectaciones tanto crónicas como agudas.

En este auto-reporte están ausentes otros padecimientos que, al decir de Linardelli (2021), no están reconocidos por la medicina hegemónica ni por la legislación laboral vigente. Particularmente, nos referimos al agotamiento físico y mental. Este último fue



traducido al lenguaje médico en tres casos: en dos de ellas como depresión y ataques de pánico, y en una de ellas como insomnio. En el resto quedó nombrado bajo temor/preocupación y ansiedad frente al hambre.

**Tabla 1: Auto-reporte de afectaciones psicofísicas de las mujeres del comedor**

Nombre y edad	Afectaciones psicofísicas
Inés (70 años)	- Dolor de columna (cirugía previa) y en la muñeca - Operación de varices por trombosis
Mariela (66 años)	- Dolor de rodilla, camina con dificultad
Marta (64 años)	- Hipertensión
Sandra (58 años)	- Hipertensión - Insomnio
Alicia (55 años)	- Lesión en el talón de Aquiles, camina con dificultad
Nora (53 años)	- Lesión del manguito rotador (hombro) - Diabetes tipo I - Histerectomía por tumor de útero, pérdida de embarazos - Depresión y ataques de pánico - 1 episodio de ACV
Flavia (49 años)	- Reflujo - Gastritis - Anemia - Ataques de pánico, depresión - Parálisis (3 episodios de ACV) - Pólipos en estómago y colon - Histerectomía por tumor de útero
Paola (35 años)	- Gastritis nerviosa - Lumbalgia - Hernia umbilical - Cálculos renales - Várices en zona de la ingle

Fuente: Elaboración propia.

De modo que, en lo que respecta a los diagnósticos reconocidos que repercuten en el agotamiento físico, las mujeres comparten dolores corporales óseos (lumbalgia, dolor de columna, de muñera, de hombro) y de músculo-esquelético (hernias), trastornos digestivos (gastritis, reflujo, pólipos en estómago y colon), y cardiovasculares (hipertensión, várices). En cuanto al agotamiento mental, encontramos depresión, ataques de pánico e insomnio.

En lo que respecta a los primeros, a lo largo del trabajo de campo hemos notado que, incluso estando con malestares corporales, asisten al comedor y no relegan sus tareas de cuidado alimentario de otros/as. Tal como referimos anteriormente, cocinar para 400 personas implica un gran esfuerzo físico en relación a las cantidades de alimentos a mover, a cortar, el equipamiento a manejar (ollas de 50 litros), a lo que se suman las condiciones de precariedad en las que se cocina. Por ejemplo, Inés se sube al banquito y revuelve la olla a pesar de su dolor en la muñeca. En otra oportunidad con dolor en la columna, que atribuía a una cirugía previa y a la humedad, estuvo parada cocinando, armando bolsas de alimentos para repartir, entregando viandas, etc.

En cuanto al agotamiento mental, emerge la ansiedad y la depresión particularmente en tiempos de agudización de las crisis. De acuerdo a Salvia et al. (2025), el malestar psicológico es multidimensional y está directamente ligado a las circunstancias de vida de las personas. El análisis de la Encuesta de Deuda Social Argentina (EDSA-UCA) para los años 2022, 2023 y 2024 da cuenta de su marcada profundización en la población adulta urbana, del 18.4% en 2010 a 28.1% en 2024. La prevalencia es del 40% a nivel país; sin embargo, en poblaciones que habitan contextos de pobreza se duplica. La sintomatología caracterizada por sufrimiento emocional y psíquico —expresada mediante ansiedad y depresión— aumenta en mujeres, adultos/as mayores y personas desempleadas o precarizadas a nivel laboral o con problemas de salud.

Tal como venimos desarrollando, el desgaste físico y mental que implica el trabajo de cuidado en el comedor es una continuidad de los quehaceres que realizan en el espacio doméstico. En este último también se repite el patrón de priorizar el cuidado de otros/as sobre la propia recuperación del cuerpo: “primero está él”, “primero están ellos”. Uno de los nietos de Flavia nació prematuro y estuvo internado al mismo tiempo que ella por una histerectomía por cáncer de útero. Paola aguanta hasta las lágrimas el dolor porque está cuidando a los/as hijos/as. La responsabilidad culturalmente asignada de cuidar a otros/a toma prioridad ante el propio cuidado o ante el propio proceso de desgaste.

P: “El viernes por ejemplo me agarró un dolor fuerte y “vamos al médico”, no no estoy con los chicos, los chicos. No, yo siempre trato de aguantar lo más que puedo, ya cuando no aguanto más, lloro y me llevan al médico” (Paola, entrevista grupal, 2023).

“Aguantan lo más que pueden”, pero al preguntarles si sentían que dejaban de lado el cuidado de sí por estar pendientes de otros/as, respondieron de manera concluyente que es parte de la maternidad.

S: “(...) calculo que como mamás nos pasa a todas que bueno, por ahí no podés separar el tema de hacerte problema por tus hijos y de querer estar bien vos como persona, sea chico, grande...” (Sandra, entrevista grupal, 2023).

P: “... se hace un hábito. Tenemos los días acomodados, hacemos cosas antes o dejamos cosas para hacer cuando volvemos. Estamos como organizadas durante la semana (...)” (Paola, entrevista grupal, 2023).

Marcús (2006) sostiene que el mandato cultural dominante de ser madre recae sobre toda mujer sin distinción de su clase social, aunque su significado adquiere diferentes cromaticidades —momento para ser madre, número de hijos/as— según el sector social y las culturas. En el caso que analizamos, el significado de ser mujer se metamorfosea con el de ser madre, los/as hijos/as sean “chicos” o “grandes” representan un valor simbólico que contribuye a su identidad. De esta manera, como menciona Paola la maternidad se hace cuerpo a tal punto que se vuelve hábito, te acomoda los días, te organiza la semana, el mes y el año, los años aun siendo abuela. Y, a su vez, se prolonga al espacio del comedor al maternar a otros/as a través del cuidado.

El Informe Técnico 2 del Proyecto (Re)Mapear las respuestas contra el Hambre (Tomatis et al., 2024), nos permite ampliar la mirada a otros comedores y merenderos de la ciudad. Encontramos allí rasgos compartidos entre el caso analizado y otras experiencias socio comunitarias, donde: el trabajo desborda lo alimentario y resuelve la reproducción social ampliada de quienes participan/asisten; lo sostienen cuerpos feminizados atravesados por diversas precariedades que exacerban desgastes físicos y mentales; la gestión se basa en saberes aprendidos y situados por parte de las mujeres; las condiciones para cuidar son carentes en términos edilicios, económicos y de protección social o derechos; las redes construidas en el tiempo y entre el grupo de mujeres que lleva adelante el espacio sostienen y garantizan la continuidad de los cuidados pese a las adversidades.

De modo que, tomando como unidad colectiva a las mujeres que cuidan a nivel comunitario, tanto en el barrio de este estudio como en el resto de la ciudad, resulta necesario reparar en los últimos señalamientos de la Organización Mundial de la Salud (2023). El llamado de este organismo responde a ampliar la mirada para integrar a las enfermedades crónicas no transmisibles otras pandemias silenciosas como son las afecciones neurológicas y las de salud mental. Las causas de todas ellas, como podemos observar a partir de lo descrito, tienen más determinación social que genética (OMS, 2023).

### **3.5 Cuidarse. El cuerpo en singular**

El autocuidado en el grupo de mujeres con quienes trabajamos es una práctica que está presente, pero de manera salpicada. No llega a conformar una rutina reconocida. Refieren en primera instancia acciones que asocian con el tiempo libre y el disfrute en dos sentidos:

- a nivel individual, el leer, ir a la iglesia, practicar jardinería, ver tele, tomar mates, dormir la siesta, tejer, pintar, dibujar. Paradójicamente, aparece la tarea de limpiar en tanto “desconexión” porque es un momento donde ponen la música que les gusta. Y, a la vez, les permite realizar tareas de cuidado indirecto como el supervisar que sus niños/as hagan la tarea o acompañarlos con la presencia mientras juegan o miran televisión.

P: "En esos momentos pongo el parlante a toda marcha y me pongo a limpiar, el Juan [su hijo] me dice "señora, ya bajalo" (risas) porque no puede escuchar el tele [...]" (Paola, entrevista grupal, 2023).

- a nivel colectivo, el ir a trabajar al comedor. En este espacio encuentran escucha y contención mutua, se cuidan entre ellas. Lo consideran parte de una trama afectiva como también lo es el juntarse a tomar mates o salir a tomar un café con amigas.

A: "Nosotras en el comedor hablamos, hacemos terapia entre nosotras" (Nora, nota de campo, 2023).

Saliendo de la esfera de tiempo libre y disfrute, aparece el autocuidado físico bajo la frase "me cuido" que la asocian a la alimentación y a la actividad física.

F: "todas mis comidas tienen que ser verduras, pollo, carnes rojas una vez a la semana, yo lo hacía, pero ahora ya no" (Flavia, entrevista grupal, 2023).

Solo en el caso de Alicia surge también el ejercicio como parte de la dimensión física del autocuidado por recomendación médica. En el verano comenzó con una profesora que da clases de gimnasia. Tanto ella como su marido han tenido mejoras ya que pueden hacer algunos ejercicios que antes no podían hacer, y emocionalmente se dan cuenta que les hace bien.

En relación a lo descrito, Bonavitta (2020) fundamenta que destinar tiempo al propio cuidado permite sostener las propias vidas de las cuidadoras en un día a día donde sus cuerpos son cuerpos-para-otros en todos los sentidos: maternan, alimentan, asisten, contienen. En otras palabras, cuidan. De acuerdo a Fraser (2016) la crisis de los cuidados en la que nos encontramos se traduce en pobreza de tiempo, principalmente para las mujeres. En este caso, para el cuidado de sí mismas. Cuerpos que se acostumbraron a soportar las cargas de cuidar con una organización sociopolítica ausente. Cuerpos que llegan agotados, anestesiados, a la posibilidad auto-percibir la necesidad de reparación ante el desgaste porque han naturalizado el agotamiento físico y mental como parte del cotidiano tanto en el ámbito doméstico como comunitario.

#### 4. Reflexiones finales

A lo largo de este escrito nos propusimos indagar acerca de las implicancias del trabajo de cuidado de otros/as y del autocuidado para las mujeres-trabajadoras de un comedor comunitario de la zona sur de Córdoba, Argentina, entre 2021 y 2023.

El trabajo de cuidado alimentario en el comedor se vivencia como una ayuda a la comunidad, a sus propias familias. Por el contrario, el trabajo de cuidado alimentario en el espacio doméstico se percibe como una obligación. Las mencionadas mujeres crean redes, se ofrecen apoyo mutuo, sienten seguridad personal al ser parte de un grupo.

El recibir un plato de comida “si es que alcanza” como contraprestación del trabajo comunitario y el no estar dentro de una organización social que politice la vida cotidiana, condiciona la lucha por sus derechos laborales y reconocimiento salarial.

La práctica de cuidar es ante todo una relación social y personal. Dentro de ese engranaje, cocinar lleva consigo compartir sabores y saberes con otros/as, con más ahínco cuando el contexto social se pone oscuro. En tiempos de crisis, tal como ha sido la pandemia por COVID-19 y el actual escenario macrosocial, el cuidado se torna un bien escaso y desigual. El cuidado hacia otros/as y el propio cuidado para estas mujeres está desbalanceado. Las necesidades materiales y emocionales de sus comunidades y familias se comen toda la escena.

De manera compartida experimentan signos de cansancio y desgaste producto de las condiciones precarias en las que cuidan. Reconocen afectaciones corporales psicofísicas, pero aun así “no pueden parar”. Solo se auto-perciben cuando la situación de salud-enfermedad que las aqueja es dolorosa “hasta las lágrimas”. El autocuidado asociado al tiempo libre y al disfrute es practicado de manera salteada sin formar parte de una rutina personal. No obstante, el asociado a la alimentación o a la actividad física responde a una indicación médica. Ser madres y/o abuelas aparece como la justificación naturalizada para el no auto-registro en el nivel doméstico, que se prolonga al espacio comunitario.

Tales afectaciones corporales —tanto físicas como mentales— no responden a un cuerpo individual sino a un cuerpo colectivo interactuando con condicionamientos materiales precarios, una estructura y relaciones productivas que las deja afuera, patrones culturales y de consumo que postulan al cuidado como responsabilidad natural de las mujeres, una trama socio-histórica que ha recrudecido el modelo socio-político neoliberal y la pedagogía de la crueldad a niveles que incompatibiliza con las políticas de la vida, es decir, con los cuidados. Esto nos conduce a un Estado que necesita a estas nueve mujeres para transformar los alimentos en platos de comida, que omite la garantía de derechos laborales y sociales, y no genera alternativas para desprivatizar y colectivizar su provisión.

Dar la voz a las personas que padecen afecciones en materia de salud, desigualdades e inequidades es fundamental para afrontar obstáculos y deficiencias de las agendas públicas pero, sobre todo, para activar procesos que desnaturalicen la relación entre mujeres, trabajo de cuidados y desgastes en salud. Si bien desde los organismos internacionales se propicia generar espacios que garanticen el derecho a participar de estos colectivos sociales, estas recomendaciones no son oídas por nuestro Estado nacional ni provincial, como sí lo son las económicas de ajuste y privatización de la vida.

## 5. Referencias bibliográficas

Almada, Julieta; Susana Andrada; Laura Bonafé; Gabriela Falco; María José Franco; Sara Smart y Karina Tomatis (2024). *El trabajo socio-comunitario en la ciudad de Córdoba desde una perspectiva de género: organización, infraestructuras y creatividad popular*. Informe técnico nº 2. Resultados de relevamiento cualitativo y propuestas de líneas estratégicas para las políticas públicas. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, ([enlace](#)).

Araujo Guimaraes, Nadya (2024). Mirando hacia una sociedad del cuidado, pero viviendo bajo múltiples y desiguales formas de producir cuidados: ¿hay luz al fin de ese túnel? En K. Batthyány, V. Perrotta y J. Pineda Duque (Coords.), *La sociedad del cuidado y políticas de la vida* (pp. 65-91). CLACSO.

Bainotti, Florencia y Maria Valeria Busleimán (2021). Coreografías del cuidado en barrios socio-segregados de la ciudad de Córdoba: Familias y organizaciones comunitarias. En I. Tuñón, J. Huergo e I. Ibáñez (Coords.), *Experiencias de infancias y prácticas de cuidado en tiempos de pandemia* (pp. 91-112). Universidad Nacional de Córdoba.

Boito, María Eugenia; Juliana Huergo y Laura Débora Acosta (2023). El trabajo en comedores comunitarios durante la pandemia en contextos de mediatización/mercantilización de la experiencia social. *Temas y Debates*, 46, 115-138. <https://doi.org/10.35305/tyd.vi46.657>

Bonavitta, Paola y Clara Presman (2022). Cuidados, autocuidados y Buen Vivir. La experiencia de mujeres de la periferia de Córdoba. *Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global*, 3(9), e210124. <https://doi.org/10.46652/pacha.v3i9.124>

Carrasco, Cristina; Cristina Borderías Mondejar y Teresa Torns Martin (2011). El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns (Eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (pp. 11-93). Catarata.

Centro de Almaceneros y Comerciantes Minoristas de la Provincia de Córdoba (2024). *Informe económico y social. Agosto*. Córdoba (Argentina).

Contreras Hernández, Jesús (1992). Alimentación y cultura: reflexiones desde la antropología. *Revista Chilena de Antropología*, 11, 95-111. <http://dx.doi.org/10.5354/0719-1472.1992.17643>

Contreras Hernández, Jesús y Mabel Gracia Arnaiz (2005). *Alimentación y cultura. Perspectivas antropológicas*. Ariel.

De la Cruz Pincetti, Catalina y Lucía Scuro Somma (2020). Impacto de la pandemia en las políticas de cuidado. En *Cuidados y mujeres en tiempos de COVID-19: La experiencia en la Argentina* (pp. 29-43). CEPAL.

Dirección Nacional de Economía, Igualdad y Género (2020). *Las brechas de género en la Argentina: Estado de situación y desafíos*. Ministerio de Economía, Secretaría de Política Económica y Dirección Nacional de Economía, Igualdad y Género.

Domínguez-Amorós, Màrius; Karina Batthyány y Sol Scavino (2021). Gender gaps in care work: Evidences from Argentina, Chile, Spain and Uruguay. *Social Indicators Research*, 154(3), 969-998. <https://doi.org/10.1007/s11205-020-02556-9>

Esquivel, Valeria; Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (2012). *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*. IDES.

- Faur, Eleonor y Elizabeth Jelin (2013). Cuidado, género y bienestar: una perspectiva de la desigualdad social. *Revista Voces en el Fénix*, 110, 110-116.
- Faur, Eleonor (2014). Introducción. En E. Faur (Comp.), *El cuidado infantil en el siglo XXI: Mujeres malabaristas en una sociedad desigual* (pp. 13-24). Siglo XXI.
- Faur, Eleonor y Karina Brovelli (2020). Del cuidado comunitario al trabajo en casas particulares. ¿Quién sostiene a quienes cuidan? En *Cuidados y mujeres en tiempos de Covid-19: La experiencia en la Argentina* (pp. 101-127). CEPAL.
- Faur, Eleonor (2024a). El trabajo de cuidado comunitario: de la invisibilidad al reclamo de derechos. En K. Batthyány, V. Perrotta y J. Pineda Duque (Coords.), *La sociedad del cuidado y políticas de la vida* (pp. 91-132). CLACSO.
- Faur, Eleonor (2024b). El estado del hambre. *Revista Anfibia*, 29 de febrero, ([enlace](#)).
- Federici, Silvia (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Traficantes de sueños.
- Fraser, Nancy (2015). Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left Review*, 100, 111-132.
- García-Calvente, María del Mar; Inmaculada Mateo-Rodríguez y Gracia Maroto-Navarro (2004). El impacto de cuidar en la salud y la calidad de vida de las mujeres. *Gaceta Sanitaria*, 18(5), 83-92. <https://doi.org/10.1157/13061998>
- Huergo, Juliana (2016). La reproducción alimentaria-nutricional de las familias de Villa La Tela, Córdoba, Argentina. Tesis doctoral. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.
- Huergo, Juliana y María Belén Espoz Dalmasso (Comps.) (2020). *¿Una calle nos separa? Nuevas lógicas urbanas y su impacto en las experiencias sociales y colectivas*. Universidad Nacional de Córdoba.
- Huergo, Juliana y Ileana Ibáñez (2021). *Afectividad, cuidado, comensalidad y juego*. Universidad Nacional de Córdoba.
- Huergo, Juliana; Ileana Ibáñez; María Florencia Páez; María Laura Simoni; María Valeria Busleimán; Florencia Bainotti y María Julia Angeli (2022). Prácticas de cuidado y experiencias de infancias durante la pandemia por COVID-19: Estudio de caso en el Gran Córdoba. En I. Tuñón (Comp.), *La cuestión alimentaria en tiempos de ASPO-COVID-19* (pp. 313-343). Biblos.
- INDEC (2022). Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2021: Resultados definitivos, ([enlace](#)).
- Jelin, Elizabeth (2016). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. FCE.
- Le Breton, David (2006). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Nueva Visión.
- Linardelli, María Florencia (2018). La salud de las mujeres y sus trabajos: Convergencias entre la medicina social latinoamericana y la teoría feminista. *Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 12(12), 147-161.
- Linardelli, María Florencia (2021). Antes yo rendía bastante. Las marcas de la doble presencia en el cuerpo de trabajadoras agrícolas migrantes. *Argumentos. Revista de crítica social*, 24, 285-316.



Marcús, Juliana (2006). Ser madre en sectores populares. *Revista Argentina de Sociología*, 4(7), 99-118.

Organización Mundial de la Salud (2024). *Marco de la OMS para la participación significativa de las personas con enfermedades no transmisibles y afecciones de salud mental y neurológicas*. Organización Mundial de la Salud.

Rodríguez Espínola, Solange; Eduardo Leonardelli; María Agustina Paternó Manavella y Milagros Dolabjian (2025). Malestar psicológico: La evolución histórica en la Argentina urbana (2010-2024) y determinantes en el contexto reciente (2022-2024). Factores que inciden en la sintomatología ansiosa y depresiva en población adulta. Observatorio de la Deuda Social Argentina, Universidad Católica Argentina, ([enlace](#)).

Robinson, Elizabeth; Elizabeth Tolley y Priscilla Ulin (2006). *Investigación aplicada en salud pública: Métodos cualitativos*. OPS.

Torriglia, Agostina (2022). Aproximaciones al campo de estudios sobre cuidados de niñas y juventudes en la Argentina. *Etcétera*, 10, 1-20.